

Esenin, poeta maldito

por

Luis Enrique Délano

Cuando Jean Arthur Rimbaud llegó a París desde su ciudad, Charleville, hacia 1871, no era muy diferente de un muchacho cualquiera. Nada en su apariencia desentonaba y si resultaba extraño en las tertulias de escritores, en los cónclaves de poetas, si en el célebre cuadro de Fantin Latour parece una pequeña oveja entre lobos, ello se debe sólo a su excesiva juventud: un niño de ojos azules y cabellos rizados entre rostros enmarcados por espesas barbas negras y calvas relucientes. Cuando Serguei Esenin llegó desde Ryazan a San Petersburgo, en 1913 o 1914, a los dieciocho años, también parecía un niño, "bajo de estatura, de figura graciosa, de cabellos claros ondulados, de ojos azules", según descripción de Máximo Gorki, que lo conoció por entonces. Pero llevaba Esenin, y con absoluta naturalidad, una vestimenta que lo singularizó de inmediato: blusa azul de aldeano, botas altas y abrigo de campesino. Un muchacho que hablaba poco, un tanto tímido, fuera de su elemento en la capital de Rusia, que en ese primer encuentro con Gorki se limitó a hablar dos o tres palabras y a escupir en las aguas oscuras del Neva.

Había llegado a Petersburgo llevando en su equipaje una colección de sus versos, en los que exaltaba la naturaleza del campo ruso con tal sensación de realidad, de verdad, que la gente abrió los ojos con asombro. Era un verdadero campesino, cuya incorporación a un mundo intelectual que mostraba enorme interés (no siempre desprovisto de snobismo) por los mujiks y cuanto les concernía, no podía menos que revestir caracteres sensacionales. "La ciudad —dice Gorki en una patética carta a Romain Rolland escrita para contarle la muerte de Esenin— lo encontró con la admiración con que un glotón descubre las frutillas silvestres de enero".

Y con esa misma glotonería, San Petersburgo abrió sus fauces y lo devoró. Dos años más tarde, las ropas campesinas habían sido olvidadas, el joven poeta usaba sombrero hongo y vestía como un petimetre para llegar a los salones literarios, donde un fulgor raro lo rodeaba. "Sus amigos lo obsequiaban y las mujeres le chupaban la sangre", dice Gorki con su crudeza habitual. Era un poeta a la moda, a pesar de ser un gran poeta, verdadero, nacional. Su exaltación de la vida campesina, mostrada con

sus auténticos colores y a través de un tremendo lirismo, era como "la voz de la naturaleza misma". Los versos de Esenin obran el milagro de despertar en gentes de espíritu fatigado de una sociedad urbana sofisticada y decadente, reminiscencias luminosas, perdidos ecos de todo aquello que se hallaba ya para siempre fuera de su alcance.

Como poeta, siguió viviendo, permaneció íntegro, incólume, en su difícil trance por esa especie de túnel sombrío que eran los salones y los halagos. Mientras algunos sentimientos permanecían con todo su peso, otros, sin duda, murieron. Se hizo arrogante, desafiante, extraordinariamente consciente de su categoría. Evocando a sus padres campesinos, dice:

*¡Si sólo pudiera comprender
que su hijo
es el mejor poeta de Rusia!*

y exclama:

*Ando intencionalmente despeinado,
con la cabeza como una lámpara a petróleo.
Me gusta alumbrar en las tinieblas
el otoño sin hojas de vuestros espíritus.
Me gusta que las piedras de los insultos
caigan sobre mí como granizo vomitado por la tormenta.
Entonces es cuando aprieto con más fuerza
el globo oscilante de mi cabezota.*

(Confesión de un golfo)

El ateísmo reemplaza a la fe que ha llevado sin duda desde el campo. Habla de la muerte y dice:

*Sé que en ese país no habrá trigales
como estos que parecen oro en la oscuridad
Sé que en ese país no habrá trigales
como estos que parecen oro en la oscuridad.
Por eso me son tan queridos
los que viven conmigo en la tierra.*

Y no falta un poco de cinismo, de antipoesía, en su expresión tan extraordinariamente poética, sin embargo:

*Y siento unas ganas locas
de mear a la luna desde la ventana.*

Pero lo fundamental de su naturaleza poética, el tema de la tierra rusa y su acendrado amor por ella, no sufre mengua en su paso, que

después de todo no duró más de un decenio, por los turbios ambientes y los brillantes salones de aquella ciudad que en esa sola década tuvo tres nombres, si se incluye el actual*. Evoca su tierra aldeana con un amor casi vegetal:

*Con qué nitidez recuerdo entonces
la laguna cubierta de hierba y la ronca voz del aliso y que en algún lugar
[viven mi padre y mi madre.*

*Mis versos les importan un comino,
pero me quieren como a un campo, como a la carne de su carne,
Como a la buena lluvia que en primavera ayuda a salir a los brotes.*

Esenin es claro y explícito en su amor:

*Amo mi tierra.
¡La amo con locura!
Aunque sobre ella caiga toda la tristeza y el moho de los sauces.
Gozo con los hocicos inmundos de los cerdos
y con las notas estridentes de los sapos en el silencio nocturno.
Estoy enfermo de los recuerdos de infancia,
sueño con la niebla y con la humedad de las tardes de abril,
cuando nuestro arce se puso en cuclillas
para calentarse los huesos en la hoguera del crepúsculo.*

Otro de los sentimientos que permanecen puros en él (a pesar de todo) es el amor por los animales, una virtud que en el hombre de campo suele ser más visible e intensa. Cada vez que lo asalta la nostalgia de los lugares donde ha vivido su niñez, aparece, mezclado a ella, el recuerdo del perro que ha sido el más querido compañero:

*¡Y tú, mi querido perro fiel
Overo?
La vejez te ha puesto gruñón y ciego
y vas de un lado a otro del patio arrastrando tu cola caída.
Tu nariz no distingue ya el establo de la casa.
Cuánto no significan para mí nuestras pillerías de antaño
cuando le robaba el pan a mi madre
y lo comíamos entre los dos, mordiéndolo por turno sin sentir re-
[pugnancia.*

Y en un poema sin título, escrito en 1924, un año antes de su muerte, pero que es todo un presentimiento de ella, sostiene Esenin que se va feliz.

*San Petersburgo, Petrogrado y Leningrado.

*Feliz porque besé a las mujeres
y estrujé las flores, feliz de haberme revolcado en el pasto
y de no haber golpeado jamás
la cabeza de los animalillos, nuestros hermanos menores.*

Y bien, ¿qué es entonces lo que se pierde en él, en ese tránsito por los salones y los tugurios de Petrogrado, en medio de alabanzas y oropeles? Entre otras cosas, se desvanece su fe en el amor, su amor por el amor. Necesita estímulos, abusa del alcohol, lo acosan las dudas. La Revolución de 1917, que ha llenado de caminos y de objetivos a la poesía de Maikovski, no basta para salvar a Esenin del derrumbe. Con su lucidez de poeta, no puede dejar de ver en la revolución la llama que ha de destruir todos los obstáculos para que Rusia emprenda el viaje hacia la verdadera juventud, pero los resultados de su vida y la consciente aceleración de su muerte demuestran que esa llama no alcanzó a purificarlo. "Esta fusión orgánica del tema del amor y el tema de la patria —escribe Vladimir Ognev*—, del tema del hombre y el tema de la revolución, distinguía también, a su manera a Serguei Esenin, cantor de la naturaleza rusa e intérprete de la riqueza espiritual y la melódica y bella alma del pueblo. El nombre de Esenin está vinculado al 'imaginismo' y sus versos rezuman una diáfana tristeza por el agonizante patriarcalismo del campo ruso".

De nuevo apelaremos a Gorki para reencontrarnos con Esenin, esta vez en Berlín, hacia 1921. Un poco antes, invitada por el gobierno de Lenin, había llegado a Rusia, en misión docente y creadora, Isadora Duncan, la bailarina norteamericana que buscaba en el viejo ideal griego la renovación de la danza, la unión del pasado esplendoroso con un presente en el cual lo mejor eran la libertad y la imaginación. Isadora Duncan, que odiaba el baile en la punta de los pies, iba a crear en la sede misma del *ballet ruse* los cimientos de una escuela contraria y fuerte. Era casi inevitable que la Duncan y Esenin se encontraran y que se estableciera entre la danzarina famosa y el poeta brillante esa relación apasionada que se resolvió pronto en el desigual matrimonio de la artista californiana y el campesino de Ryazan. "Seis o siete años más tarde —recuerda Gorki— encontré a Esenin en Berlín, en el departamento de Alexis Tolstoi. Sólo la mirada clara subsistía en ese niño bien parecido, de cabellos rizados, a quien había conocido, y aun ella parecía haber perdido mucho de su brillo. Saltaba nerviosamente de rostro en rostro, ya desafiante o desdeñosa, ya incierta, confundida o recelosa. Me pareció que en general se sentía inamistoso con la gente y todo mostraba que bebía. Sus párpados estaban hinchados, sus ojos colorados, y su piel pálida y sin vida, como es usual en aquellos que respiran poco aire fresco y duermen poco. Sus manos se movían todo el tiempo y Esenin parecía fatigado, *distract*, como un hombre que ha olvidado algo importante y sólo tiene un recuerdo confuso de lo que precisamente ha olvidado". Esenin parece un desen-

**Poesía Soviética Rusa*. Editorial Progreso, Moscú.

cantado, habla poco, bebe mucho, se dirige a su mujer, la Duncan, con gestos, con cansancio, hasta producir la sensación de que ella es como un peso que debe soportar. Sólo cobra vida cuando se trata de la poesía. Recita sus versos con tal posesión, con tal propiedad, que los ojos de cuantos lo escuchan, y los suyos, se llenan de lágrimas. "Era increíble —recuerda Gorki— que una figura tan débil pudiera albergar emociones tan poderosas y tal perfección expresiva. Se puso pálido mientras recitaba, tan pálido que hasta sus propias orejas parecían grises. Sus manos solían marcar el compás, pero no la métrica de los versos todo eso, sin embargo, era apropiado, porque el ritmo era fugaz y el peso de cada palabra variaba caprichosamente. Parecía que las arrojaba en todas direcciones, ya a sus propios pies, ya a la distancia, ya en el rostro odioso de alguien. La voz tensa y ronca, los gestos inconclusos, la figura oscilante y los ojos ardientes y atormentados, todo eso estaba de acuerdo por completo con el ambiente del poeta en ese instante"*.

Y agrega Gorki que, después de escucharlo, con la garganta apretada de emoción, declamar su *Canción de un perro*, "no pude dejar de pensar que Serguei Esenin no era tanto un ser humano como un órgano sensitivo creado por la naturaleza exclusivamente para la poesía, para expresar la 'ilimitada tristeza de los campos', el amor por todo lo que vive en este mundo y la compasión que el hombre ha merecido más que nadie".

¿Qué ocurrió entre Isadora Duncan y Esenin, cuál fue el final de los breves amores, la causa de que el poeta sintiera la necesidad de repudiar no tanto a la mujer como al amor mismo, en un poema que Gorki califica de "trágico y absolutamente indecente"?

*Busque en esta mujer la felicidad
pero sólo encontré mi ruina.
Nunca supe que el amor es un veneno,
nunca supe que el amor es como la peste.
Ella me sopesó con ojos entrecerrados
y enloqueció a un rufián enfurecido.*

El suicidio de Esenin, en 1925, no fue tanto un acto de cansancio como el producto de la firme voluntad de hallar una salida de la oquedad en que se encontraba. El difícil, el atroz momento, está también descrito en la ya citada carta de Máximo Gorki a Romain Rolland, fechada el 24 de marzo de 1926: "No se colgó, sino que se estranguló con una soga que pasó alrededor de una cañería de agua caliente. Puso el lazo en torno de su cuello y lo tiró y lo apretó hallándose en el suelo. Antes de hacer esto, se cortó las venas de las muñecas y escribió con su propia sangre ocho versos, dos de los cuales dicen como sigue:

*Sobre la literatura. Editora Austral, Santiago de Chile.

*Morir no es nada nuevo en nuestra vida
pero luego vivir no es nada más nuevo.*

Eso es, en pocas palabras, todo lo que puedo contarle sobre Esenin. Las vidas de los escritores rusos han sido ricas en drama y el drama de Esenin es uno de los más penosos".

Así terminó el tránsito por la vida de Serguei Esenin, el campesino de Ryazan, especie de poeta maldito que amaba los árboles, los caballos, las frutas, la tierra, las herramientas de los labriegos y "todo lo que vive en este mundo". Arrancado a su ambiente natural, fue como una flor silvestre trasladada a una casa de la ciudad, que no resistió las emanaciones, los tóxicos de una atmósfera cargada y ajena. Pero el aroma de las estrofas de Esenin es tan duradero que ha resistido a las modas y a los cambios, es inmune al paso del tiempo, como toda poesía verdadera.

